NATHANIEL HAWTHORNE

EL ARTISTIA DE LO BELLO

# El artistia de lo bello

Nathaniel Hawthorne



Nathaniel hawthorne

# El artista de lo bello



**Nathaniel Hawthorne**

Nació el 4 de julio de 1804 en Salem, Massachusetts, Estados Unidos. Fue novelista y cuentista, considerado uno de los más destacados representantes del romanticismo estadounidense del siglo XIX.

En 1824 fue elegido miembro del Phi Beta Kappa —sociedad de honor académica— en la universidad privada Bowdoin College. Cuatro años después publicó su primera novela *Fanshawe* (1828). Redactó diversos relatos y artículos, los cuales fueron publicados en periódicos y posteriormente compilados en la obra *Historias dos veces contadas* (1837). Se desempeñó como tasador de la Casa de Aduanas de Boston y, en 1853, fue nombrado cónsul norteamericano en Liverpool. En 1841 publicó un libro de relatos cortos infantiles titulado *La silla del abuelo*. Ha destacado por sus relatos breves, siniestros y alegóricos, así como por sus novelas, entre las que se encuentran *La letra escarlata* (1850), *La casa de los siete tejados* (1851), *La novela de Blithedale* (1852) y *El fauno de mármol* (1860).

Falleció el 19 de mayo de 1864 en Plymouth, Estados Unidos.

***El artista de lo bello***
Nathaniel Hawthorne

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zecevich Arriaga
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juárez Zevallos
Selección de textos: María Inés Gómez Ramos
Corrección de estilo: Claudia Daniela Bustamante Bustamante
Diagramación: Ambar Lizbeth Sánchez García
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

# Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

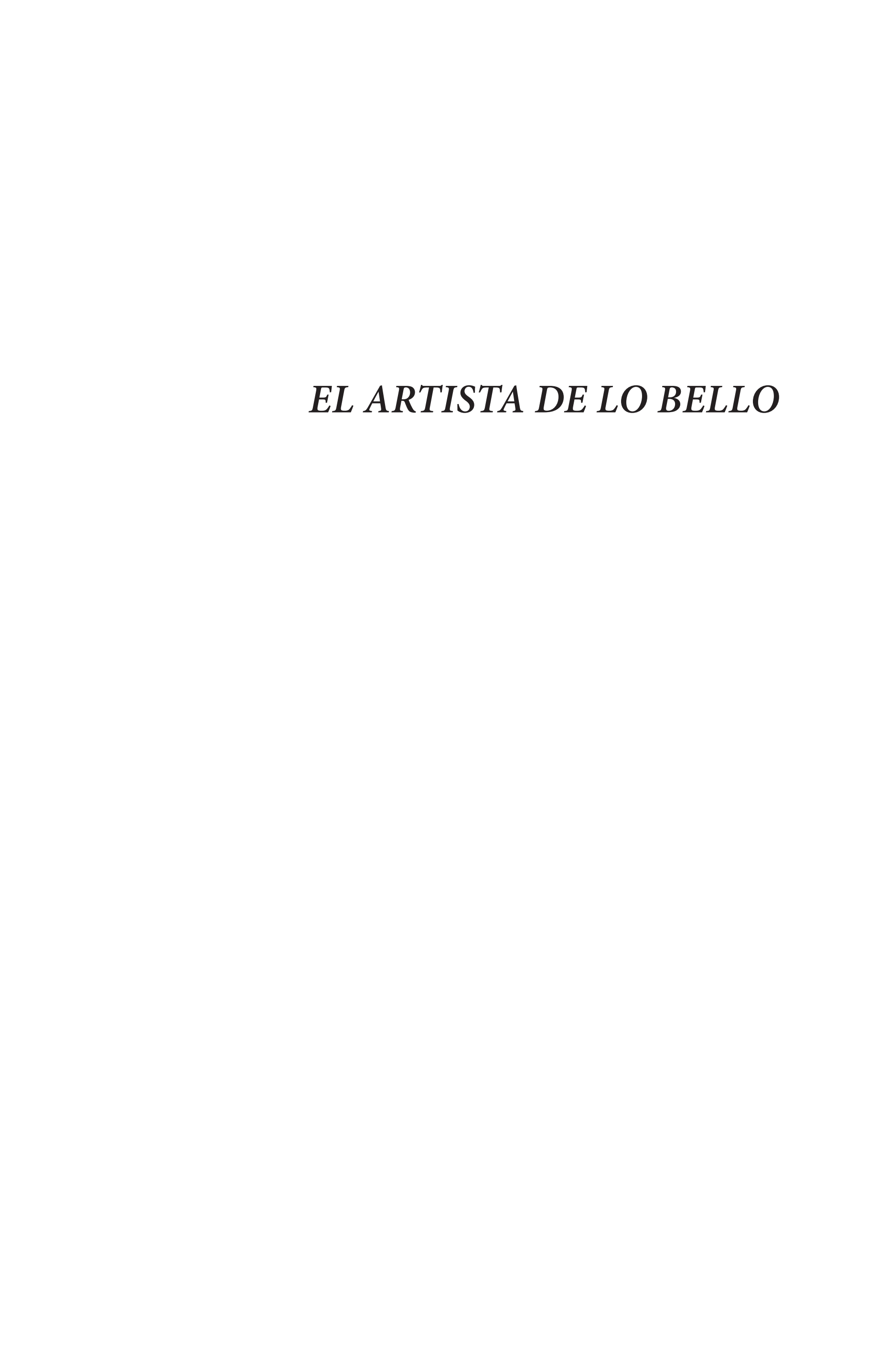
La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima



# *EL ARTISTA DE LO BELLO*

Un hombre, ya entrado en años, que paseaba del brazo con su hermosa hija por la calle, salió de la penumbra del nublado atardecer a la luz que se derramaba sobre la acera desde el escaparate de una pequeña tienda. El escaparate sobresalía al exterior; en su interior había colgada una serie de relojes variados, unos de imitación, otros de plata y uno o dos de oro, pero todos ellos con la esfera de espaldas a la calle, como si, de mal humor, se negasen a informar a los transeúntes de la hora que era. Sentado en el interior de la tienda, de perfil visto desde el escaparate, había un hombre joven; su pálido rostro se inclinaba con gravedad sobre algún delicado mecanismo bajo el haz luminoso que una pantalla proyectaba.

—¿Qué estará haciendo Owen Warland? —murmuró el anciano Peter Hovenden, relojero jubilado y antiguo maestro de aquel mismo joven cuya actividad miraba ahora intrigado—. ¿En qué estará trabajando? En los últimos seis meses no he pasado una sola vez por delante de su tienda en la que no lo encontrara completamente absorto en su trabajo, igual que ahora. Superaría los límites de su estupidez habitual que se le hubiera metido en la cabeza descubrir el movimiento perpetuo; y, sin

embargo, sé lo bastante de mi oficio para estar seguro de que lo que ahora le ocupa no forma parte de la maquinaria de un reloj.

—Quizá, padre —dijo Annie, sin mostrar mucho interés por el asunto—, Owen esté inventando un nuevo tipo de cronómetro. Estoy segura de que tiene suficiente ingenio para eso.

—¡Bah, tonterías! Es incapaz de inventar nada mejor que un juguete holandés —respondió el padre al que, tiempo atrás, el genio irregular de Owen Warland había generado más de un problema—. ¡Vaya un ingenio el suyo! Que yo sepa, solo le ha servido para arruinar la precisión de algunos de los mejores relojes de mi tienda. Es más fácil que el sol se salga de su órbita y trastorne todo el curso del tiempo que, como dije antes, el ingenio de este muchacho dé para algo más que para crear un juguete infantil.

—¡Calle, padre, que lo va a oír! —cuchicheó Annie, apretando el brazo del anciano—. Sus oídos son tan delicados como sus sentimientos; y ya sabe con cuánta facilidad se alteran. Vayámonos de aquí.

Así pues, Peter Hovenden y su hija Annie siguieron su camino lentamente y en silencio, hasta que, en una calle apartada de la ciudad, fueron a pasar por la puerta abierta del taller de un herrero. En el interior se podía ver la forja, con las brasas ardientes iluminando por momentos el techo alto y oscuro, y limitando luego su brillo al área restringida del suelo cubierta de carbón, según que el fuelle expulsara el aire o, por el contrario, lo inhalara en sus vastos pulmones de cuero. En los intervalos de luz, era posible distinguir los objetos situados en los rincones más alejados del taller y las herraduras que colgaban en la pared; en la penumbra momentánea, el fuego parecía brillar tenuemente en un espacio difuso de contornos vagos. Moviéndose en esa alternancia del resplandor rojizo y la penumbra se veía la figura del herrero, bien digna de ser observada en ese pintoresco espectáculo de sombras y de luces, en el que el resplandor del fuego parecía luchar con las tinieblas de la noche, como si cada uno extrajera del otro su mágica fuerza. El herrero sacó una barra de hierro incandescente de entre los carbones, la colocó sobre el yunque, levantó su brazo poderoso, y al punto se vio envuelto por una miríada de chispas que los golpes de su maza esparcían por la penumbra circundante.

—¡Esta sí que es una visión agradable! —exclamó el viejo relojero—. Sé lo que es trabajar el oro; pero, con todo lo que se dice y se hace, yo me quedo con el que trabaja el hierro. Dedica su trabajo a algo real. ¿No te parece, Annie?

—Por favor, padre, no hable tan alto —susurró Annie—. Robert Danforth le va a oír.

—¿Y qué si me oye? —respondió Peter Hovenden—. Te lo vuelvo a repetir, es bueno y saludable confrontar la fuerza propia con la realidad, y ganarse el pan con el brazo desnudo y musculoso, como hace un herrero. El relojero acaba con el cerebro trastornado por sus complejos mecanismos, o pierde la salud o la agudeza de la vista, como me sucedió a mí; y así se encuentra, a mitad de su vida o poco después, incapaz de continuar con su oficio, sin servir para otra cosa, y, sin embargo, demasiado pobre para vivir decentemente. Por eso digo una vez más: dame la fuerza bruta para ganarme la vida. ¡Eso acaba con todas las ideas estúpidas que a uno se le puedan pasar por la cabeza! ¿Has oído alguna vez que un herrero esté tan loco como ese Owen Warland?

—¡Bien dicho, tío Hovenden! —gritó Robert Danforth desde la fragua, con su voz potente, profunda y alegre, que hizo que el techo le devolviera su eco—. ¿Y qué dice la señorita Annie de esas ideas? Supongo que ella pensará que es mucho más refinado estar enredando con el reloj de una dama que forjar una herradura o fabricar una parrilla.

Annie tiró de su padre llevándoselo hacia adelante sin darle tiempo a replicar. Pero volvamos a la tienda de Owen Warland, para meditar sobre su historia y su carácter con más detenimiento de lo que Peter Hovenden, o probablemente su hija Annie, o también el antiguo compañero de escuela de Owen, Robert Danforth, hubiesen considerado pertinente, tomando en cuenta la escasa relevancia del tema. Desde el momento en que sus tiernos deditos pudieron agarrar una navaja, Owen había mostrado un ingenio excepcional y delicado, que a veces se manifestaba en la elaboración de hermosas figuras de madera, principalmente flores y pájaros, y que, en otras ocasiones, parecía centrarse en los misterios ocultos de la mecánica. Pero, en un caso como en otro, su objetivo era siempre la elegancia y la armonía, y nunca la prosaica utilidad. No se dedicaba a construir, como

hacían tantos artesanos escolares, pequeños molinos de viento en la esquina de un granero, o molinos de agua en el arroyo cercano. Quienes descubrieron esa peculiar disposición en el muchacho, hasta el punto de pensar que valía la pena observarlo con atención, tenían a veces motivos para suponer que estaba intentado imitar los hermosos movimientos de la naturaleza, tal como se ejemplificaban en el vuelo de los pájaros o en la actividad de los pequeños animalillos. Parecía tratarse, en realidad, de una nueva expresión del amor a la belleza, que podría haber hecho de él un poeta, un pintor o un escultor, y que estaba tan completamente purificada de toda grosería utilitaria como la que podría encontrarse en cualquiera de las bellas artes. Examinaba con particular desagrado los procesos rígidos y regulares de las maquinarias ordinarias. En una ocasión lo llevaron a ver una máquina de vapor, con la esperanza de que su comprensión intuitiva de los principios mecánicos se vería gratificada, mas él palideció y se sintió profundamente indispuesto, como si le hubieran puesto en presencia de algo monstruoso y anormal. Ese sentimiento de horror se debía en parte al enorme tamaño y la terrible energía de aquel monstruo de hierro; pues el espíritu de Owen era afín a lo microscópico, y tendía de manera natural

a lo diminuto, de acuerdo con su estructura reducida y la asombrosa pequeñez y la fuerza delicada de sus dedos. No es que su sentido de la belleza se viera por ello limitado a la apreciación de lo meramente bonito. La idea de la belleza no tiene ninguna relación con el tamaño, y puede ser desarrollada a la perfección tanto en un área diminuta que precise de la investigación microscópica, como en el amplio espacio que delimita el arcoíris. Pero, en todo caso, esa pequeñez que caracterizaba todos sus objetos y realizaciones hacía al mundo más incapaz todavía de captar el genio de Owen. Los parientes del muchacho no vieron nada mejor que hacer con él —tal vez, no sin motivo— que ponerlo de aprendiz con un relojero, esperando que su extraño ingenio pudiera ser así regulado y puesto al servicio de objetivos más útiles.

Conocemos ya la opinión de Peter Hovenden sobre su aprendiz. Hovenden no había podido sacar nada positivo de aquel muchacho. Owen, es verdad, podía comprender con facilidad los misterios del oficio y lo hacía, además, con una increíble rapidez; pero olvidaba por completo, o despreciaba, el objetivo fundamental del oficio de relojero, y no se preocupaba más por la medición del tiempo que si este se hubiese confundido con la eternidad.

No obstante, durante toda la época que permaneció bajo la tutela de su anciano maestro, la falta de fortaleza de Owen hizo posible, gracias a requerimientos estrictos y a una severa supervisión, mantener dentro de unos límites razonables sus excentricidades creativas; pero cuando concluyó su período de aprendizaje y pasó a hacerse cargo de la pequeña tienda que Peter Hovenden ya no podía dirigir debido al deterioro de su vista, entonces todo el mundo se pudo dar cuenta de que Owen Warland no era una persona capaz de guiar al Padre Tiempo, viejo y ciego, en su curso diario. Uno de sus proyectos más racionales fue conectar un dispositivo musical con la maquinaria de sus relojes, de manera que las ásperas disonancias de la vida pudieran volverse melodiosas, y que cada momento efímero de la existencia cayera en el abismo del pasado en gotas doradas de armonía. Si una familia le confiaba un reloj para que lo reparara —uno de esos relojes altos y antiguos que casi se han convertido en aliados de la naturaleza humana a fuerza de medir el tiempo de vida de tantas generaciones sucesivas—, él se permitía organizar una danza o una procesión funeraria con figuras repartidas por toda su esfera venerable, representando doce horas risueñas o melancólicas. Varias rarezas de este tipo contribuyeron

a destruir en gran medida el crédito del joven relojero entre esa clase de personas sensatas y pragmáticas que sostienen la opinión de que no se puede jugar de forma irreverente con el tiempo, al que consideran ya sea un medio de progreso y prosperidad en este mundo, ya sea una preparación para el otro. Su clientela disminuyó con rapidez, contrariedad, sin embargo, que Owen Warland consideró probablemente un accidente afortunado, pues le permitía sumirse cada vez más en una misteriosa ocupación que demandaba toda su ciencia y su destreza manual e implicaba también la dedicación plena de todas las capacidades características de su genio. Muchos meses había consumido ya en esa búsqueda.

Después de que el viejo relojero y su bella hija lo observaran desde la oscuridad de la calle, Owen Warland fue presa de una agitación nerviosa, que hizo que su mano temblara de forma tan violenta que le hizo imposible seguir adelante con el delicado trabajo en el que se encontraba enfrascado.

—¡Era ella, Annie! —murmuró—. Debería haberlo comprendido por los latidos de mi corazón, antes incluso de oír la voz de su padre. ¡Ah, cómo se altera mi pulso!

Difícilmente podré ya volver a trabajar por esta noche en este delicado mecanismo. ¡Annie! ¡Queridísima Annie! Tú deberías dar firmeza a mi mano y a mi corazón, en lugar de hacerlos temblar de esta manera; pues si me estoy esforzando en dar forma al espíritu mismo de la belleza, y en darle movimiento, es por ti y solo por ti. ¡Oh, corazón inquieto, sosiégate! Si mi trabajo se ve así frustrado por tu causa, me invadirán sueños vagos e inquietantes que harán que mañana me despierte abatido.

Cuando se esforzaba por ponerse de nuevo a su tarea, se abrió la puerta de la tienda y dio paso a la robusta figura que Peter Hovenden se había detenido a admirar, según la veía entre la luz y la sombra en el taller del herrero. Robert Danforth llevaba consigo un pequeño yunque de su propia fabricación, que el joven artista le había encargado fabricar con unas características especiales. Owen examinó el artículo y lo estimó conforme a sus exigencias.

—Muy bien —dijo Robert Danforth, con su voz potente que llenaba la tienda como el sonido de un contrabajo—. En mi oficio, no me considero inferior a nadie; ¡aunque habría hecho un pobre papel en el tuyo,

con un puño como este! —añadió, riendo, mientras ponía su enorme mano al lado de la delicada mano de Owen—. ¡Ya ves! Pongo más fuerza en un golpe de mi maza que toda la que tú has gastado desde que eras aprendiz. ¿No es cierto?

—Muy probablemente —respondió Owen con su voz débil y delicada—. La fuerza es un monstruo terrenal. No la quiero para mí. Mi fuerza, sea la que sea, es por completo espiritual.

—Muy bien, Owen, pero dime: ¿en qué estás metido ahora? —preguntó su antiguo compañero de escuela, todavía en un tono tan rotundo que hizo estremecerse al artista, debido, en especial, a que la pregunta se refería de manera directa a un tema tan sagrado como el absorbente sueño de su imaginación—. La gente dice que estás tratando de descubrir el movimiento perpetuo…

—¿El movimiento perpetuo? ¡Tonterías! —replicó Owen Warland, con un gesto de indignación, pequeña muestra de irritación con la que reaccionaba a menudo—. Eso no se podrá descubrir nunca. Es un sueño ilusorio capaz de engañar a hombres cuyo cerebro está obnubilado por lo material, pero no a mí. Además,

aunque ese descubrimiento fuera posible, carecería de todo valor para mí si solo se fuera a utilizar en propósitos tales como los que ahora se sirven del vapor y la fuerza hidráulica. No ambiciono que se me honre por la paternidad de alguna nueva máquina de hilar algodón.

—¡Eso sí que sería gracioso! —gritó el herrero, armando tal alboroto con su risa que el propio Owen y las campanas de cristal que estaban sobre su mesa de trabajo temblaron al unísono—. ¡No, no, Owen! Ningún hijo tuyo tendrá articulaciones ni tendones de hierro. Bien, no quiero molestarte más. Buenas noches, Owen, que te vaya muy bien, y ya sabes… si necesitas ayuda, siempre que la solución a tus problemas sea un fuerte golpe de martillo en el yunque, ¡yo soy tu hombre!

Y con otra risotada el fornido herrero salió de la tienda.

—¡Qué cosa más extraña —se susurró Owen Warland a sí mismo, apoyando la cabeza en la mano—, que todas mis cavilaciones, mis propósitos, mi pasión por lo bello, mi conciencia de tener poder para crearlo, un poder más sutil y etéreo de lo que ese gigante terrenal pudiera imaginarse, todo, todo, parezca vano e infundado cada

vez que Robert Danforth se cruza en mi camino! Me volvería loco si tuviera que verlo a menudo. Su fuerza pesada y brutal oscurece y confunde el elemento espiritual que habita en mi interior; pero también yo seré fuerte a mi manera. ¡No cederé ante él!

Sacó de una campana de cristal un mecanismo diminuto, que colocó bajo la luz de su lámpara y, examinándolo atentamente por medio de una lupa, procedió a actuar sobre él con un delicado instrumento de acero. Sin embargo, un instante después se echó hacia atrás en su silla y entrelazó sus manos, con una mirada de horror en el rostro que hacía que sus suaves rasgos parecieran tan impresionantes como los de un gigante.

—¡Cielos! ¡Qué he hecho! —exclamó—. El vapor, la influencia de esa fuerza bruta, me ha descontrolado, oscureciendo mi percepción. ¡He dado el golpe, el golpe fatídico, que he temido desde el principio! ¡Todo ha terminado, el trabajo arduo de tantos meses, el objetivo de mi vida!… ¡Estoy acabado!

Y allí se quedó, sentado, preso de una angustiada desesperanza, hasta que la luz de la lámpara empezó a parpadear y, finalmente, dejó al Artista de lo Bello en la oscuridad.

Es así como las ideas que crecen en la imaginación y que a esta le parecen tan atractivas y de valor superior a lo que los hombres pueden estimar valioso, se exponen a ser sacudidas y aniquiladas por el contacto con lo práctico. Es requisito del artista ideal estar en posesión de una fuerza de carácter que parece difícilmente compatible con su delicadeza; debe mantener su fe en sí mismo mientras el mundo incrédulo lo ataca con su absoluto escepticismo; debe erigirse contra la humanidad y ser su propio y único discípulo, tanto con respecto a su genio como a los objetivos que se plantea.

Durante un tiempo, Owen Warland sucumbió a esta severa pero inevitable prueba. Pasó varias semanas de apatía, con la cabeza apoyada continuamente entre las manos, hasta el punto de que la gente de la ciudad apenas tenía oportunidad de verle el semblante. Cuando, por fin, levantó su cara a la luz del día, se percibía en ella un cambio frío, apagado, indescriptible. Sin embargo, en opinión de Peter Hovenden y de todas esas gentes de mente sagaz que piensan que la vida debería estar regulada, como un mecanismo de relojería, con unas pesas de plomo, la alteración que en él se había producido era por completo positiva. En efecto, Owen se aplicaba ahora a su oficio

con una tenaz laboriosidad. Era maravilloso presenciar la obtusa gravedad con la que inspeccionaba los engranajes de un viejo reloj de plata; eso deleitaba a su propietario, que lo llevaba en su bolsillo desde hacía tanto tiempo que ya se había desgastado, y que incluso había llegado a estimarlo como parte de su propia vida, mostrándose, en consecuencia, especialmente preocupado por cómo lo trataran. A resultas de la buena reputación así adquirida, las autoridades locales invitaron a Owen Warland a reparar el reloj del campanario de la iglesia. Con tanto éxito resolvió este asunto de interés público, que en la plaza del mercado los comerciantes comentaban sus méritos; la enfermera susurraba sus alabanzas mientras administraba la poción en la habitación del enfermo; el enamorado lo bendecía al llegar la hora de su cita; y la ciudad toda agradecía a Owen la puntualidad con que sonaba a la hora de la cena. En una palabra, el fuerte peso que sentía sobre su alma mantenía todo en orden, no solo en su propia vida, sino dondequiera que llegaran los ecos del carillón de hierro del reloj de la iglesia. Detalle de menor importancia, pero revelador de su situación presente, era que, cuando se dedicaba a grabar nombres o iniciales en cucharas de plata, escribiera las letras solicitadas con un estilo extremadamente sencillo,

omitiendo la variedad de florituras extravagantes que hasta entonces habían caracterizado sus trabajos de este tipo.

Un día, durante la época de esta feliz transformación, el anciano Peter Hovenden fue a visitar a su antiguo aprendiz.

—Bien, Owen —le dijo—, me alegra oír tan buenos informes de ti por todas partes, en particular desde que reparaste el reloj del campanario, que habla a tu favor veinticuatro veces cada día. Solo tienes ya que deshacerte de una vez por todas de ese amasijo de ideas absurdas sobre la Belleza que ni yo ni nadie, ni siquiera tú mismo, pudo nunca comprender; bastará con que te liberes de eso, y tu éxito en la vida será tan seguro como la luz del día. ¡Adelante! Si sigues por ese camino, incluso yo mismo me aventuraría a dejar que arreglaras mi precioso y antiguo reloj, a pesar de que, salvo mi hija Annie, nada en el mundo me resulta tan preciado.

—Apenas me atrevería a ponerle la mano encima, señor —respondió Owen en tono abatido, abrumado como estaba por la presencia de su viejo maestro.

—Ya llegará el momento —le respondió— en que seas capaz de hacerlo.

El viejo relojero, con la libertad que se derivaba de forma natural de su antigua autoridad, se dedicó a inspeccionar el trabajo que Owen tenía entre manos en aquel momento, junto con otros aún sin terminar. El artista, mientras tanto, apenas se sentía capaz de levantar la cabeza. No había nada tan contrario a su naturaleza como la sagacidad fría y sin imaginación de aquel hombre, al contacto con el cual todo parecía desvanecerse, salvo la materia más densa del mundo físico. Owen gimió en su fuero interno y rogó con fervor para verse liberado de su presencia cuanto antes.

—¿Pero qué es esto? —exclamó Peter Hovenden bruscamente, levantando una polvorienta campana de cristal, bajo la cual apareció algún tipo de cosa mecánica, tan delicada y diminuta como el sistema anatómico de una mariposa—. ¿Qué es lo que tenemos aquí? ¡Owen! ¡Owen! Hay brujería en todas estas pequeñas cadenas, ruedas y paletas. ¡Mira! ¡Con un pellizco de mi dedo índice y el pulgar voy a liberarte de todo peligro futuro!

—¡Por el amor de Dios! —gritó Owen Warland, levantándose de repente con una energía asombrosa—,

si no quiere que me vuelva loco, ¡no lo toque! La más ligera presión de su dedo me destrozaría para siempre.

—¡Ajá, joven! ¿De verdad? —dijo el viejo relojero, mirándolo con la suficiente penetración para atormentar el alma de Owen con la acritud de las críticas mundanas—. Bien, haz lo que quieras; pero te vuelvo a advertir: en este pequeño mecanismo vive tu espíritu maligno. ¿Quieres que lo exorcice?

—¡Usted es mi espíritu del mal! —contestó Owen con una manifiesta excitación—. ¡Usted y el mundo burdo y grosero! Sus ideas asfixiantes y el abatimiento que usted me produce es lo único que me bloquea; de no ser por eso, hace tiempo que habría terminado la tarea para la que fui creado.

Peter Hovenden sacudió la cabeza, con esa mezcla de desprecio e indignación que la humanidad, de la que era en parte representante, se considera con derecho a sentir hacia los insensatos que buscan otros premios distintos al polvo que se encuentra cuando se siguen los caminos trillados. Se despidió entonces, con un dedo levantado y una mueca de desprecio en la cara que atormentó los sueños del artista durante muchas noches.

En la época de la visita de su viejo maestro, probablemente Owen estaba a punto de reanudar la tarea abandonada; pero, debido a este acontecimiento siniestro, se vio sumido de nuevo en el estado del que había ido saliendo poco a poco.

En todo caso, las disposiciones naturales de su alma no habían dejado de acumular nuevo vigor durante ese periodo de aparente aturdimiento. Según avanzaba el verano abandonó casi por completo su negocio, y permitió que el Padre Tiempo, en la medida en que este se podía encontrar representado por los relojes de bolsillo y de pared que estaban bajo su control, vagara al azar por la vida humana, creando una confusión infinita entre el cortejo de las horas desconcertadas. Malgastaba la luz del sol, como decía la gente, en vagar por los bosques y los campos y recorrer las riberas de los arroyos. Allí, como un niño, se divertía persiguiendo mariposas u observando los movimientos de los insectos en el agua. Había algo verdaderamente misterioso en la intensidad que ponía en la contemplación de esos juguetes vivientes cuando revoloteaban en la brisa, o en el atento examen de la estructura de un insecto imperial que acababa de apresar. La caza de mariposas era un emblema apropiado

de la búsqueda ideal a la que había dedicado tantas horas nimbadas de oro. Pero ¿llegarían alguna vez sus manos a plasmar la idea de lo bello como la mariposa que lo simbolizaba? Dulces fueron, sin duda, aquellos días, y agradables para el alma del artista. Estaban llenos de concepciones brillantes que iluminaban su universo intelectual igual que las mariposas iluminan el mundo exterior, y que en ese momento eran reales para él, sin el trabajo duro, las dudas y las múltiples decepciones que lleva consigo el tratar de hacerlas visibles al ojo sensorial. Pero, ¡ay!, el artista, sea en la poesía, o en cualquier otro ámbito, no puede contentarse con el disfrute interior de lo Bello, sino que se ve impulsado a perseguir el misterio fugaz más allá de los límites de ese dominio etéreo, y destruye su frágil presencia al encerrarlo en el ámbito de la materia. Owen Warland sentía la necesidad de dar realidad eterna a sus ideas de manera tan irresistible como cualquier de los poetas o pintores que habían adornado el mundo con una belleza tenue y ligera, copia imperfecta de sus sublimes visiones.

La noche era ahora el tiempo que dedicaba a la lenta tarea de recrear la idea única que centraba toda su actividad

intelectual. Invariablemente, al acercarse el crepúsculo, volvía de forma sigilosa a la ciudad, se encerraba en su taller, y trabajaba con paciente destreza durante muchas horas. A veces le asustaban los golpecitos en la puerta del vigilante nocturno, quien, cuando todo el mundo debía estar dormido, había observado el destello de la lámpara a través de las rendijas que dejaban los postigos de la tienda de Owen Warland. Para la sensibilidad mórbida de su alma, la luz del día parecía tener un carácter invasor que podía interferir con sus proyectos. Los días nublados e inclementes, se sentaba con la cabeza entre las manos, arropando, por decirlo así, su sensible cerebro en una bruma de meditaciones indefinidas, pues era un alivio poder escapar de la implacable precisión con la que se veía obligado a moldear sus pensamientos durante su duro trabajo nocturno.

De uno de esos ataques de apatía fue sacado por la llegada de Annie Hovenden, que entró en la tienda con la libertad de un cliente, y también con la familiaridad de una amiga de la infancia. Se le había hecho un agujero en su dedal de plata, y quería pedirle a Owen que se lo arreglara.

—Pero no sé si aceptarás este trabajo —le dijo riéndose—; ya sé que andas ocupado ahora con la idea de infundir el espíritu en las máquinas.

—¿De dónde has sacado esa idea, Annie? —respondió Owen Warland, sorprendido.

—Oh, de mi cabeza —respondió la muchacha—, y de algo que te oí decir, hace ya mucho, cuando tú eras un jovencito y yo una niña pequeña. Pero bueno, ¿me arreglarás mi pobre dedal?

—Haría cualquier cosa por ti, Annie —le contestó Owen Warland—. Cualquier cosa, incluso trabajar en la forja de Robert Danforth si fuera necesario.

—¡Eso sería todo un espectáculo! —replicó sarcástica Annie, mirando con imperceptible condescendencia el cuerpo pequeño y esbelto del artista—. Bueno, aquí está el dedal.

—Pero que extraña esa idea tuya —insistió Owen—, sobre la espiritualización de la materia…

Y se insinuó entonces en su mente la idea de que aquella joven poseía el don de comprenderle mejor que el resto del mundo. ¡Qué ayuda y qué fuerza significaría para él, en su duro y solitario trabajo, poderse ganar la comprensión del único ser al que amaba! A las personas cuya búsqueda los aísla de los asuntos ordinarios de la vida, que van por delante de la humanidad o están separados de ella, a menudo les afecta una sensación de frialdad moral que hace que su espíritu se estremezca como si se hubiera adentrado en las gélidas soledades que rodean el polo. Todo lo que el profeta, el poeta, el reformador, el criminal, o cualquier otro hombre con anhelos humanos pero separado de la multitud por un destino singular pudiera sentir, el pobre Owen Warland lo experimentaba también.

—¡Annie! —exclamó, palideciendo mortalmente ante este pensamiento—, ¡qué feliz me sentiría si te revelara mi secreto! Creo que tú serías capaz de apreciarlo en su justo valor; tú, estoy seguro, lo escucharías con un respeto que no puedo esperar de este mundo endurecido y material.

—¿Tú crees? ¡Sí, claro que sí! —respondió Annie Hovenden, riendo con ligereza—. ¡Vamos! Explícame

ahora mismo cuál es el significado de este pequeño artilugio, tan delicadamente trabajado que podría ser un juguete para la reina Mab. ¡Mira! Lo pondré en movimiento.

—¡Espera! —exclamó Owen—, ¡espera!

Annie había rozado levemente, con la punta de una aguja, la minúscula pieza de ese complejo mecanismo de que ya se ha hecho mención con anterioridad, cuando el artista la cogió por la muñeca con tanta fuerza que la muchacha lanzó un grito. Ella se asustó al ver la convulsión de intensa rabia y angustia que deformó los rasgos faciales del joven. Al punto, Owen Warland hundió la cabeza entre sus manos.

—¡Márchate, Annie! —murmuró—. Me he engañado a mí mismo, y debo sufrir por ello. Anhelaba comprensión, y pensé… imaginé… soñé… que tú podrías dármela. Pero no tienes el talismán que podría hacerte participar de mis secretos. Ese contacto ha destruido el duro trabajo de varios meses, y la idea de toda una vida. No ha sido culpa tuya, Annie; pero me has destrozado.

¡Pobre Owen Warland! En efecto, se había equivocado, aunque su error era disculpable; pues si había algún espíritu humano capaz de respetar lo suficiente el proyecto al que estaba entregado, y que tan sagrado era para él, tenía que haber sido una mujer. Probablemente, la misma Annie Hovenden podría no haberlo decepcionado si hubiera estado iluminada por la inteligencia profunda del amor.

El artista pasó el invierno siguiente de una manera que convenció a todos los que hasta entonces habían mantenido alguna esperanza a su respecto, de que, en verdad, estaba condenado de forma irremediable a ser un inútil para el mundo, condenado a un destino personal nefasto. La muerte de un pariente lo había puesto en posesión de una pequeña herencia. De este modo, liberado de la necesidad de trabajar para ganarse la vida, y privado de la influencia estabilizadora de un gran proyecto —grande, al menos, para él— se abandonó a unos hábitos de los que cualquiera habría podido pensar que su delicada constitución debería haberlo preservado. Pero cuando la parte etérea de un hombre de genio se oscurece, la parte terrenal ejerce una influencia especialmente incontrolable, pues las fuerzas del carácter se ven privadas del equilibrio con que la Providencia

las ha armonizado, y que, en naturalezas más toscas, se regulan por algún otro método. Owen Warland probó todas las formas de dicha que se puedan encontrar en el exceso. Miraba el mundo a través del filtro dorado del vino, y experimentó las visiones que suben burbujeando alegres desde el fondo de la copa y que pueblan el aire con formas de amable locura, pero que muy pronto se tornan fantasmales y lúgubres. Aun después de que este cambio sombrío e inevitable se hubiera producido, el joven podría haber seguido bebiendo a grandes tragos la copa de los encantamientos, aunque sus vapores no hicieran sino envolver su vida en tinieblas, llenándola de espectros que parecían burlarse de él. Pues había una tensión en su espíritu, que, siendo real y constituyendo la sensación más profunda del artista, era mucho más intolerable que todos los horrores o sufrimientos fantasmagóricos que el abuso del vino pudiera convocar. En la ebriedad, podría recordar, incluso en medio de su turbación, que todo eso no eran sino engaños; en la abstinencia, la sofocante angustia que pesaba sobre su vida era la única realidad.

De este peligroso estado fue liberado por un incidente que muchos presenciaron, pero sobre cuya influencia en la mente de Owen Warland ni siquiera los más aviesos

pudieron dar una explicación o hacer conjeturas. Fue algo muy simple. En una cálida tarde de primavera, mientras el artista estaba sentado entre sus desenfrenados compañeros con un vaso de vino en la mano, una espléndida mariposa se introdujo por la ventana abierta y revoloteó alrededor de su cabeza.

—¡Ah! —exclamó Owen, que había bebido en abundancia—, ¿de nuevo estás aquí, viva, hija del sol y compañera de juegos de la brisa estival, después de tu triste letargo invernal? Entonces, ¡es tiempo de que me ponga al trabajo!

Y dejando en la mesa su vaso sin vaciar, salió de allí y nunca más nadie lo vio probar una gota de vino.

De nuevo reanudó sus vagabundeos por bosques y campiñas. Se podría pensar que aquella mariposa brillante, que había entrado revoloteando como un fuego fatuo por la ventana cuando Owen bebía con sus zafios compañeros, era en realidad un espíritu encargado de recordarle la vida pura e ideal que había hecho de él un ser etéreo entre los hombres. Se podría pensar que iba en su busca, a sus lugares soleados predilectos; pues aún, al igual que el verano anterior, se le veía acercarse

sigilosamente dondequiera que una mariposa se hubiera posado y abismarse en su contemplación. Cuando la criatura emprendía el vuelo, él la seguía con la vista, como si su trayectoria por el aire le mostrara el camino del cielo.

Pero ¿cuál podía ser el propósito de su duro trabajo a horas tan intempestivas, trabajo que ahora reanudaba de nuevo, como tuvo ocasión de comprender el vigilante nocturno por las líneas de luz que se filtraban a través de las rendijas de los fraileros de Owen? La gente de la ciudad tenía una buena explicación para todas estas excentricidades: Owen Warland se había vuelto loco. ¡Qué universalmente eficaz, y qué satisfactorio también, y reconfortante para las sensibilidades estrechas y mediocres, explicar por ese medio tan simple todo lo que sobrepasa los límites del entendimiento ordinario! Desde los días de san Pablo hasta nuestro pobre y pequeño Artista de lo Bello, siempre se ha aplicado el mismo talismán para elucidar todos los misterios en las palabras o en los hechos de quienes hablan o actúan con demasiada sabiduría. En el caso de Owen Warland, el juicio de sus conciudadanos puede haber sido correcto; tal vez estaba loco. La falta de comprensión —ese contraste entre él y

sus vecinos que lo sustraía a su influencia restrictiva— era suficiente para enloquecerlo. O posiblemente había captado tanta radiación etérea como para confundirlo, en un sentido terrenal, al entremezclarse con la luz común del día.

Una tarde, cuando el artista había regresado de su habitual paseo por el campo y acababa de encender la luz de su lámpara dirigiéndola sobre el delicado trabajo tan a menudo interrumpido, pero no obstante reanudado de nuevo, como si su destino estuviera unido al secreto de su mecanismo, le sorprendió la entrada del viejo Peter Hovenden. Owen no se encontraba nunca con este hombre sin que se le encogiera el corazón. De todas las personas que conocía, él era el más terrible, en razón de su entendimiento penetrante que creía muy claramente en lo que veía, y descreía de la manera más intransigente de todo lo que sus ojos no pudieran ver. En esta ocasión, no obstante, el viejo relojero tenía solo una o dos frases amables que transmitirle.

—Owen, muchacho —le dijo—, queremos que vengas a nuestra casa mañana por la noche.

El artista comenzó a murmurar alguna excusa, pero Peter Hovenden lo interrumpió:

—Es necesario que vengas, Owen; por los tiempos en que eras uno de la familia. ¡Qué pasa, muchacho!, ¿acaso no sabes que mi hija Annie se ha comprometido con Robert Danforth? Estamos preparando una pequeña fiesta, a nuestra humilde manera, para celebrar el acontecimiento.

—¡Ah! —dijo Owen.

Ese escueto monosílabo fue la única palabra que pronunció; su tono pareció frío y desapegado a un oído como el de Peter Hovenden, y, sin embargo, en él iba el grito sofocado del corazón que el pobre artista reprimía en su interior como un hombre que pretende controlar a un espíritu maligno. Se permitió, no obstante, un ligero arrebato de respuesta, imperceptible en todo caso para el viejo relojero. Alzando el instrumento con el que estaba a punto de iniciar su trabajo, lo dejó caer sobre el pequeño dispositivo mecánico que, de nuevo, le había llevado meses de reflexión y de duro trabajo. El mecanismo quedó destrozado por el golpe.

La historia de Owen Warland no habría sido más que una representación aceptable de la vida turbulenta de aquellos que se esfuerzan por crear lo Bello si, en medio de todas las demás influencias frustrantes, no se hubiera interpuesto el amor para destruir lo creado por la destreza de sus manos. En sus formas externas, Owen no tenía nada de amante ardiente y emprendedor; su pasión, con sus tormentos y vicisitudes, había permanecido siempre tan enteramente confinada en el interior de su imaginación de artista, que la propia Annie apenas había tenido de ella algo más que la percepción intuitiva de una mujer, aunque, para Owen, ese sentimiento ocupaba la totalidad de su vida. Olvidando el momento en que ella se había mostrado incapaz de cualquier respuesta profunda, él había persistido en vincular todos sus sueños de éxito artístico a la imagen de Annie; ella era la forma visible en la que se le manifestaba el poder espiritual que veneraba, y en cuyo altar esperaba depositar una ofrenda que no fuera indigna de su amada. Por supuesto, se engañaba; en Annie Hovenden no había ninguno de los atributos con los que su imaginación la había dotado. Ella, en la imagen que asumía en su interiorizada visión, era simplemente una creación suya, tanto como lo sería el misterioso mecanismo si es que alguna vez llegaba

a hacerlo realidad. Si hubiera podido desengañarse por un amor compartido, si hubiera podido tener a Annie entre sus brazos y hubiera tenido la ocasión de ver cómo su imagen angelical se desvanecía para dejar paso a la realidad de una mujer ordinaria, la decepción podría haberle devuelto, con energía redoblada, al único objetivo que le quedaba. Si, por el contrario, ella se hubiera revelado tal como se la había imaginado, su vida habría estado tan colmada de belleza que por un simple efecto de acumulación podría haber dado forma a lo Bello de una manera mucho más noble de la que hasta entonces había perseguido. Pero la forma en que su pena llegó hasta él, el sentimiento de que el ángel de su vida le había sido arrebatado en beneficio de un hombre grosero, unido a la tierra y al hierro, que ni necesitaba ni apreciaba sus servicios, esa era la verdadera perversidad del destino que hace que la existencia humana parezca demasiado absurda y contradictoria como para ser el escenario de cualquier esperanza o de cualquier temor. A Owen Warland no le quedaba otra cosa que quedarse sentado donde estaba, conmocionado por un golpe brutal.

Cayó enfermo. Después de su convalecencia, su cuerpo pequeño y delgado se revistió, como nunca lo había estado antes, de una notable abundancia de grasa. Sus finas mejillas se redondearon; sus manos, pequeñas y delicadas, tan espiritualmente dotadas para la realización de tareas mágicas, se volvieron más rollizas que la mano de un bebé bien criado. Su aspecto era tan infantil que podría haber inducido a un desconocido a darle unas palmadas la cabeza, aunque sin duda se detendría en el acto para preguntarse qué extraña clase de muchacho era aquel. Podría pensarse que el espíritu lo había abandonado, dejando que el cuerpo prosperase en una especie de existencia vegetativa. No es que Owen Warland se hubiese vuelto idiota; podía hablar, y no de manera irracional. Pero la gente empezó a pensar que tenía algo de charlatán, pues era propenso a soltar discursos de duración interminable sobre las maravillas de la mecánica, maravillas cuya descripción había leído en los libros, pero que no eran para él más que puras quimeras. Enumeraba entre ellas, al Hombre de Bronce, construido por Alberto Magno, y la Cabeza de Bronce del fraile Bacon; y, en épocas más próximas a nosotros, el autómata de un pequeño coche de caballos, que se decía había sido fabricado para el Delfín de Francia, así como un

insecto que zumbaba como una mosca verdadera, y que sin embargo no era más que un artilugio compuesto por diminutos muelles de acero. También estaba la historia de un pato que caminaba, graznaba y comía; aunque si cualquier honrado ciudadano lo hubiera comprado para la cena, se habría sentido estafado al encontrarse con un chisme mecánico que de pato solo tenía la apariencia.

—Ahora estoy convencido —decía Owen Warland—, de que todo eso solo son cuentos.

Luego, adoptando un aire misterioso, confesaba que en otro tiempo había pensado de manera diferente. En sus días de indolencia y ensoñación, había considerado posible, en cierto sentido, espiritualizar el mundo de la mecánica, y combinar con las nuevas formas de vida y movimiento así creadas, una belleza que alcanzaría el ideal que la naturaleza se había propuesto para sí en todas sus criaturas, pero que nunca se había esforzado en realizar. Sin embargo, parecía que él no conservaba una percepción muy clara del proceso para lograr ese objetivo, ni siquiera del diseño inicial.

—Pero ya he renunciado a todo eso —decía—. No era más que uno de esos sueños con los que los jóvenes se

están siempre engañando. Ahora que he adquirido un poco de sentido común, me dan ganas de reír de solo pensar en ello.

¡Pobre, pobre Owen Warland! ¡Qué terrible desencanto! Esos eran los signos de que había dejado de ser un habitante de la esfera superior, que permanece inadvertida a nuestro alrededor. Había perdido su fe en lo invisible, y se enorgullecía de ello, como hacen invariablemente ese tipo de desventurados, poseedores de una sabiduría que rechaza incluso gran parte de lo que ven sus ojos, para confiar tan solo en lo que pueden tocar sus manos. Esta es la desdicha de los hombres cuya parte espiritual se extingue y deja que el entendimiento más tosco los asimile cada vez más a las únicas cosas que son capaces de conocer; pero, en Owen Warland, el espíritu no había muerto; ni siquiera había huido; tan solo dormía.

De qué modo despertó de nuevo, no se puede asegurar. Tal vez su letárgico sueño se vio interrumpido por un dolor convulso; tal vez, como en el caso anterior, apareció la mariposa revoloteando alrededor de su cabeza y le volvió a inspirar, pues, en efecto, esa criatura solar

siempre tuvo una misteriosa misión que cumplir junto al artista, insuflándole de nuevo el designio básico de su existencia. Fuera el dolor o la felicidad lo que llevó a sus venas el estremecimiento creador, su primer impulso fue dar gracias al cielo por haberle permitido convertirse de nuevo en el ser dotado de pensamiento, imaginación y sensibilidad que hacía tiempo había dejado de ser.

—¡Y ahora, a mi tarea! —dijo—. Nunca me sentí con tanta fuerza en mi interior.

Aunque consciente de su fuerza, se sintió incitado a trabajar con tanta más diligencia cuanto que temía que la muerte pudiera sorprenderlo a mitad de sus esfuerzos. Tal vez esa ansiedad sea común a todos los hombres que ponen su corazón en algo tan elevado, pues para ellos la vida solo llega a adquirir importancia en la medida en que les permite hacer realidad sus anhelos. Mientras amamos la vida por sí misma, rara vez tememos perderla. Cuando deseamos la vida para alcanzar un objetivo, tomamos conciencia de su fragilidad. Pero, junto a esta sensación de inseguridad, hay en nosotros una fe vital en nuestra invulnerabilidad a la flecha de la muerte desde el momento en que estamos entregados a una tarea que

la Providencia, al parecer, nos ha asignado como propia, y de cuyo incumplimiento por nuestra parte el mundo entero se lamentaría. ¿Puede creer el filósofo, fortalecido por una inspiración destinada a reformar la humanidad, que será arrancado de la existencia sensible en el preciso instante en que está cobrando aliento para pronunciar su palabra de luz? Si de este modo pereciera, podrían transcurrir siglos de un tedio mortal, toda la arena vital del mundo podría vaciarse grano a grano, antes de que otro intelecto estuviera preparado para desarrollar esa verdad. Y, sin embargo, la historia nos brinda numerosos ejemplos de espíritus excelsos que, tras manifestarse en forma humana, han partido de forma prematura —en la medida en que el juicio humano sea capaz de discernirlo—, sin que se le concediera el plazo necesario para realizar su misión en la tierra. El profeta muere, y el hombre de corazón apático y cerebro aletargado sigue con vida. El poeta deja su canción a medias, o la termina, más allá del alcance de los oídos mortales, en algún coro celestial. El pintor —como hizo Allston— deja inacabada su concepción en el lienzo para entristecernos con su irrealizada belleza y marcha a culminarla —si no es irreverencia decirlo de este modo— con la paleta celestial. Pero es muy posible que esos diseños incompletos de esta

vida no encuentren su perfección en ningún lugar. El hecho de que los proyectos más queridos de los hombres se vean con frecuencia abortados es tal vez una prueba de que las acciones terrenales, aunque benditamente inspiradas por la piedad o el genio, carecen de valor salvo como ejercicios y manifestaciones del espíritu. En el cielo, el menor de los pensamientos ordinarios es superior y más melodioso que un poema de Milton. Entonces, ¿para qué añadir un verso a cualquier estrofa dejada sin terminar en este mundo?

Pero volvamos a Owen Warland. Era su destino, bueno o malo, alcanzar el objetivo de su vida. Pasemos por alto un largo período de intensa reflexión, esfuerzo ferviente, arduo y minucioso trabajo y ansiedad malgastada, seguido por un momento de triunfo solitario; dejemos todo eso a la imaginación y recuperemos de nuevo nuestro contacto con el artista, en una tarde de invierno, solicitando su admisión en torno a la chimenea de Robert Danforth. Allí se encontró con el hombre de hierro, con su pesada sustancia corporal templada y atemperada por las influencias domésticas. Y allí estaba también Annie, ahora transformada en matrona, con gran parte de la naturaleza simple y robusta de su marido, pero todavía

marcada, como Owen Warland seguía creyendo, por una gracia superior, susceptible de convertirla en mediadora entre la Fuerza y la Belleza. Sucedió asimismo que el viejo Peter Hovenden estaba invitado aquella noche al hogar de su hija, y fue su recordada expresión de crítica aguda y fría lo primero que la mirada del artista registró.

—¡Mi viejo amigo Owen! —exclamó Robert Danforth, levantándose y comprimiendo los delicados dedos del artista en un puño más acostumbrado a agarrar barras de hierro—. ¡Qué amabilidad por tu parte el venir a visitarnos! Temía ya que tu movimiento perpetuo te hubiera hechizado hasta hacerte olvidar los recuerdos de los viejos tiempos.

—¡Es una alegría verte! —dijo Annie, mientras el rubor enrojecía sus mejillas de matrona—. No es propio de un buen amigo permanecer alejado tanto tiempo…

—Y bien, Owen —inquirió el viejo relojero a modo de saludo— ¿Qué pasa con lo Bello? ¿Por fin has conseguido crearlo?

El artista no respondió de inmediato, sorprendido por la aparición de un niño pequeño y fuerte que daba

volteretas en la alfombra; un pequeño personaje surgido misteriosamente del infinito, pero con algo tan compacto y tan real en su composición que parecía moldeado de la substancia más densa que pudiera proporcionar la tierra. El ilusionado niño gateaba hacia el recién llegado, y poniéndose «de punta» —según Robert Danforth denominaba esa postura— observó a Owen con un aire tan sagaz que la madre no pudo evitar intercambiar con su marido una mirada de orgullo. Pero el artista se sintió turbado por la mirada del niño, como si pudiera intuir en ella un reflejo de la expresión habitual de Peter Hovenden. Casi habría creído que se trataba del viejo relojero reducido a una forma infantil, que lo observaba con sus ojos de bebé, repitiendo la pregunta maliciosa:

—¡Lo Bello, Owen! ¿Cómo vas con lo Bello? ¿Has logrado crear lo Bello?

—Sí, lo he logrado —respondió el artista, con el rostro iluminado por una mirada triunfal y una sonrisa radiante, y, sin embargo, impregnado por un aire de profunda reflexión que casi le daba un todo de tristeza—. Sí, amigos, es la verdad. Lo he conseguido.

—¿De veras? —exclamó Annie, con una expresión de doncella risueña asomando de nuevo a su rostro—. ¿Y se puede saber cuál es el secreto?

—Naturalmente. A eso es a lo que he venido —respondió Owen Warland—. ¡Conocerás, verás, tocarás y poseerás el secreto! Pues, querida Annie —si es que todavía puedo dirigirme por ese nombre a la amiga de mis años infantiles—, es como regalo de bodas que he trabajado este mecanismo espiritualizado, esta armonía de movimiento, este misterio de belleza. Llega tarde, en efecto, pero es cuando avanzamos en la vida, cuando los objetos empiezan a perder la frescura de su color y nuestras almas su agudeza perceptiva, cuando más se necesita el espíritu de la belleza. Si sabes estimar —permíteme que te diga, Annie—, este regalo en su justo valor, no habrá llegado demasiado tarde.

Al tiempo que pronunciaba estas palabras, sacó algo que parecía un joyero. Había sido tallado en ébano de forma primorosa por sus propias manos, con incrustaciones en nácar de una exuberante fantasía, representando a un niño que perseguía a una mariposa y que, un poco más allá, se había transformado en un

espíritu alado, y emprendía el vuelo hacia los cielos; mientras el niño, o el joven, que había descubierto su poder en la intensidad de sus anhelos, ascendía de la tierra a las nubes, y de estas al orbe celestial, para abrazar lo Bello. El artista abrió la caja de ébano e invitó a Annie a que pusiera su dedo en el borde. Así lo hizo ella, pero casi gritó cuando una mariposa salió aleteando y, posándose en la punta de su dedo, se quedó agitando la amplia magnificencia de sus alas purpúreas, moteadas de oro, como dispuesta a emprender su vuelo. Es imposible expresar en palabras la gloria, el esplendor, la delicadeza fastuosa que se aunaban en la belleza de este objeto. La mariposa ideal de la naturaleza estaba aquí realizada en toda su perfección, no según el modelo de esos insectos descoloridos que revolotean entre las flores terrenales, sino de aquellos que aletean por las praderas del Paraíso para disfrute de los ángeles y los espíritus de los niños fallecidos. El vello de su cuerpo era visible bajo sus alas; el brillo de sus ojos parecía de esencia espiritual. La luz del fuego en la chimenea iluminaba tenuemente aquella maravilla, la proyectada por las velas se reflejaba en ella con destellos, pero la mariposa celestial brillaba con su propio resplandor, e iluminaba el dedo y la mano abierta sobre la que descansaba con una blanca luminiscencia,

similar a la de las piedras preciosas. Ante tan hermosa perfección, la consideración del tamaño perdía por completo su sentido. Si sus alas se hubieran desplegado allende el firmamento, no por ello el espíritu se hubiera podido sentir más colmado o satisfecho.

—¡Qué hermosura! ¡Qué hermosura! —exclamó Annie—. Pero ¿está viva? Dime, ¿está viva?

—¿Viva? Claro que está viva —respondió su marido—. ¿Crees que un simple mortal podría ser tan hábil como para crear una mariposa, o que se tomaría el trabajo de hacerlo, cuando cualquier niño puede atrapar decenas de ellas en una tarde de verano? ¿Viva? ¡Por supuesto que está viva! Pero sin duda esta bonita caja es creación de nuestro amigo Owen; ¡y en verdad que ese trabajo lo honra!

En aquel instante, la mariposa agitó de nuevo sus alas, con un movimiento tan perfectamente propio de la vida que Annie se asustó, e incluso se sobrecogió; pues, a pesar de la opinión de su marido, no podía determinar si se trataba, en efecto, de una criatura viva o de un maravilloso objeto mecánico.

—¿Está viva? —repitió en un tono más serio que antes.

—Juzga por ti misma —respondió Owen Warland, observando con atención su rostro.

La mariposa salió volando, dio unas vueltas en torno a la cabeza de Annie, y se elevó hacia un rincón alejado del salón, haciéndose sin embargo perceptible a la vista por el halo estrellado que el movimiento de sus alas producía a su alrededor. Desde el suelo, el niño seguía su curso con sus pequeños ojos sagaces. Después de revolotear por la habitación, describió una espiral y volvió a posarse de nuevo en el dedo de Annie.

—¿Pero está viva? —insistió de nuevo.

El dedo en el que aquel magnífico misterio se había posado estaba tan tembloroso que la mariposa se veía obligada a agitar sus alas para poder conservar el equilibrio.

—Dime, por favor —añadió la muchacha—, si está viva o si la has creado tú.

—¿Por qué preguntar quién la creó?, ¿qué importa quién la hizo si es hermosa? —replicó Owen Warland—. ¿Viva? Sí, Annie; se puede decir que posee la vida, pues ha absorbido mi propio ser; y en el secreto de esa mariposa, y en su belleza, que no es meramente externa, sino profunda como lo es todo su sistema, está representado el intelecto, la imaginación, la sensibilidad, ¡el alma de un Artista de lo Bello! Sí, yo la creé. Pero esta mariposa —y al decir esto su semblante se alteró ligeramente— no es ya para mí lo que fue cuando la contemplé desde lejos en las ensoñaciones de mi juventud.

—Viva o no viva, es un bonito juguete —intervino el herrero, sonriendo con deleite infantil—. Me pregunto si condescenderá a posarse en un dedo grande y torpe como el mío. Acércala, Annie.

Por indicación del artista, Annie tocó con la punta de su dedo el de su esposo; y, después de un instante de duda, la mariposa saltó de uno al otro. Este cambio preludiaba un segundo vuelo, con un batir de alas similar y sin embargo con una ligera diferencia del primero; luego, abandonando el vigoroso dedo del herrero, se elevó describiendo círculos cada vez más anchos hacia el

techo, dio una vuelta alrededor de la habitación, y volvió con un movimiento ondulante hasta el punto del que había partido.

—¡Bien, esto sacude todas las normas de la naturaleza! —exclamó Robert Danforth, con lo que parecía ser el cumplido más sincero que fuera capaz de expresar; y, en efecto, si se hubiera detenido ahí, un hombre de palabras más delicadas y percepción más atinada difícilmente hubiera podido decirlo mejor—. ¡Esto me supera, lo reconozco! Pero ¿y qué? A fin de cuentas, hay más utilidad real en un fuerte golpe de mi maza que en los cinco años de trabajo que nuestro amigo Owen ha desperdiciado en esta mariposa.

Entonces el niño se puso a aplaudir y empezó a farfullar sonidos ininteligibles, pidiendo manifiestamente que le dieran la mariposa para jugar.

Owen Warland, mientras tanto, miró de soslayo a Annie para averiguar si compartía la estimación de su marido sobre el valor comparado de lo Bello y lo Práctico. A pesar de toda su benevolencia hacia Owen, a pesar de todo el asombro y la admiración con que contemplaba la maravillosa obra de sus manos y que era la encarnación

misma de su idea, había en ella un menosprecio secreto, demasiado secreto, tal vez, para su propia conciencia, y perceptible solo para un espíritu sutil e intuitivo como el del artista. Pero Owen, en las últimas etapas de su búsqueda, se había elevado por encima de las regiones en las que ese descubrimiento podría haber sido una tortura para él. Sabía que el mundo, y Annie como representante del mundo, independientemente de las alabanzas que pudiera dedicarle, nunca podría decir la palabra conveniente ni experimentar el sentimiento adecuado que debía ser la recompensa perfecta de un artista que, simbolizando una moral elevada mediante una nadería material, convirtiendo en oro espiritual lo que era materia terrenal, había alcanzado lo Bello con el trabajo de sus manos. No había llegado el tiempo todavía, ni siquiera en este momento último, de aprender que la recompensa a tan noble empresa debía ser buscada dentro de sí mismo… o en ninguna parte. Había, no obstante, un argumento que Annie y su marido, incluso Peter Hovenden, podrían haber comprendido plenamente, y que los podría haber convencido de que el duro trabajo de esos años había merecido la pena. Owen Warland podría haberles dicho que aquella mariposa, aquel juguete, aquel regalo de bodas de un pobre relojero

a la esposa de un herrero, era, en verdad, una valiosísima obra de arte que un monarca habría comprado con honores y riquezas, y que la habría atesorado entre las joyas de su reino como la más preciada y maravillosa de todas. Pero el artista sonrió y guardó su secreto para sí.

—Padre —dijo Annie, pensando que una palabra de elogio por parte del viejo relojero podría satisfacer a su antiguo aprendiz— acércate a admirar la hermosura de esta mariposa.

—Veamos eso más de cerca —dijo Peter Hovenden, levantándose de su silla, con esa expresión sarcástica que siempre llevaba a los demás a dudar, como él mismo dudaba, de todo lo que no fuera la existencia más material—. Aquí está mi dedo para que se pose sobre él. Lo entenderé mejor una vez la haya tocado.

Pero, para creciente asombro de Annie, cuando la punta del dedo de su padre tocó el dedo de su marido, en el que la mariposa todavía descansaba, el insecto bajó las alas y pareció estar a punto de derrumbarse al suelo. Incluso los puntos dorados de las alas, a no ser que sus ojos la engañaran, se atenuaron, la púrpura brillante de su cuerpo adquirió un tono más oscuro, y el halo estrellado

que resplandecía alrededor de la mano del herrero se fue desvaneciendo hasta desaparecer por completo.

—¡Se está muriendo! ¡Se muere! —gritó Annie, alarmada.

—Ha sido trabajada con delicadeza —dijo el artista con tranquilidad—. Como te dije, ha absorbido una esencia espiritual, llámala magnetismo o como tú quieras. En una atmósfera de escepticismo y sarcasmo, su exquisita susceptibilidad sufre, como la sufre el alma de aquel que instiló su propia vida en ella. Ya ha perdido su belleza; ¡en unos instantes, su mecanismo quedará dañado de manera irreparable!

—¡Quite la mano, padre! —suplicó Annie, empalideciendo—. Aquí está mi hijo; que se pose sobre su mano inocente. Allí, tal vez, revivirá y sus colores se harán más brillantes que nunca.

Su padre, con acre sonrisa, retiró el dedo. La mariposa pareció recuperar entonces la facultad de moverse, al tiempo que sus colores adquirían de nuevo gran parte de su brillo original, y el resplandor de las estrellas, que era su atributo más etéreo, volvió a formar un halo en

torno a ella. Al principio, cuando el insecto se trasladó de la mano de Robert Danforth al menudo dedo del niño, el resplandor se hizo tan potente que proyectaba nítidamente la sombra del pequeño contra la pared. El pequeño, por su parte, extendió su mano regordeta como había visto hacer a su padre y a su madre, y observó la agitación de las alas del insecto con deleite infantil. Sin embargo, había en él una cierta expresión de extraña sagacidad que dio a Owen Warland la impresión de que allí estaba el viejo Peter Hovenden, cuyo escepticismo era en parte redimido, pero solo en parte, por la fe propia de la infancia.

—¡Qué sabio parece el pequeñajo! —susurró Robert Danforth a su esposa.

—Nunca vi esa expresión en el rostro de un niño —respondió Annie, admirando a su hijo, no sin razón, mucho más que a la artística mariposa—. Nuestro querido hijo sabe más del misterio que nosotros.

La mariposa resplandecía y palidecía de forma alternativa, como si, al igual que el artista, fuera consciente de que algo no le era enteramente favorable en la naturaleza del niño. Por fin, se elevó sobre su

pequeña mano con un movimiento ligero que parecía empujarla hacia arriba sin esfuerzo, como si los instintos etéreos con que el espíritu de su creador la habían dotado impulsaran sin quererlo esa visión maravillosa hacia una esfera superior. De no haber existido ningún obstáculo, podría haberse elevado a los cielos y hacerse inmortal. Pero su resplandor se reflejó sobre el techo; la textura exquisita de sus alas rozó contra el medio terrenal; y una o dos chispas, como si fueran polvo de estrellas, cayeron flotando para posarse con un brillo tenue sobre la alfombra. Luego la mariposa volvió a bajar aleteando, y, en vez de volver al niño, pareció atraída hacia la mano del artista.

—¡No, no! —murmuró Owen Warland, como si su obra pudiera entenderlo—. Ya has salido del corazón de tu amo. No hay regreso posible para ti.

Con un movimiento ondulante, y emitiendo un trémulo resplandor, la mariposa se dirigió con esfuerzo, por decirlo así, hacia el niño, y estaba a punto de posarse en su dedo; pero mientras todavía se cernía en el aire, el pequeño hijo de la Fuerza, con la expresión astuta y penetrante de su abuelo en el rostro, agarró al vuelo el

insecto maravilloso y lo estrujó en su mano. Annie gritó; el viejo Peter Hovenden soltó una risa fría y despectiva. El herrero abrió por la fuerza la mano del niño, y en su palma apareció un pequeño montón de fragmentos relucientes, de los que el misterio de la belleza había huido para siempre. En cuanto a Owen Warland, contemplaba plácidamente lo que parecían ser las ruinas del trabajo de su vida, aunque, sin embargo, distaran de ser tal cosa. Owen había hecho suya otra mariposa muy distinta. Cuando el artista se elevó lo suficiente para alcanzar lo Bello, el símbolo por el cual lo había hecho perceptible a los sentidos mortales se convirtió, de hecho, en un objeto de escaso valor a sus ojos, una vez que su espíritu se poseía a sí mismo en su realidad más plena.

“La idea de la belleza no tiene ninguna relación con el tamaño, y puede ser desarrollada a la perfección tanto en un área diminuta que precise de la investigación microscópica, como en el amplio espacio que delimita el arcoíris...

Colección
Lima Lee

